

27. La Fe Viva

A. T. Jones

El término «*fe viva*» es estrictamente apropiado; porque la fe, en verdad, es una cosa viva. Los justos viven por la fe, y ningún hombre puede vivir de aquello que no tiene vida en sí mismo. Puesto que solo podemos vivir de aquello que nos trae vida, y puesto que vivimos por fe, es evidente que la fe es una cosa viva.

De nuevo, la fe es un don de Dios (Efesios 2:8) y Él es un Dios vivo; Jesús es su Autor (Hebreos 12:2), y en Él hay vida —Él es la vida. Por la naturaleza de las cosas, aquello que procede de tal fuente debe estar imbuido de vida en sí mismo. Y puesto que la fe proviene enteramente de Aquel que es el único Dios vivo, de Aquel que solo es vida, y no de nosotros mismos (Efesios 2:8), ciertamente está imbuida de vida, y así trae vida a los hombres, por la cual podemos vivir verdaderamente.

De nuevo, la fe viene por el oír la palabra de Dios (Romanos 10:17); esa palabra es «para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen.» (Tito 1:9, RVR1960), es decir, la palabra llena de fe; y esa palabra es «la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado.» (Filipenses 2:16, RVR1960). Por lo tanto, así como la palabra de Dios trae fe, y está llena de fe; y así como esa palabra es la palabra de vida, es evidente que la fe es vida, es algo vivo, y trae vida de Dios a quien la ejercita.

¿Qué vida es, entonces, la que la fe trae a los hombres?—Procediendo como procede de Dios, a través de Jesucristo, quien es el «Autor de la vida», la única vida de la que está imbuida y que posiblemente podría traer a los hombres es la vida de Dios. La vida de Dios es lo que los hombres necesitan y lo que debemos tener. Y es la vida que Dios quiere que tengamos; porque está escrito: «Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón;» (Efesios 4:17-18, RVR1960).

Jesús vino para que los hombres tuvieran vida, y para que la tuvieran en abundancia (Juan 10:10). «Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo.

El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.» (1 Juan 5:11-12, RVR1960). Y Cristo es recibido por la fe, y Él habita en el corazón por la fe (Efesios 3:17). Por lo tanto, así como la vida de Dios solamente, la vida eterna, está en Jesucristo, y así como Cristo mora en el corazón por la fe, es tan claro como puede serlo cualquier cosa que la fe trae la vida de Dios a quien la ejercita.

Es la vida de Jesús mismo la que ha de manifestarse en nuestros cuerpos: «Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.» (2 Corintios 4:11, RVR1960). Y la vida de Jesús se manifiesta en nosotros, por Cristo mismo viviendo en nosotros; porque «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20, RVR1960). Esta es la *fe viva*.

De nuevo Él dice: «Habitaré y andaré entre ellos»; «No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros»; y «Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis.» (Juan 14:18-19, RVR1960). Es por el Espíritu Santo que Él mora en nosotros; pues Él desea que seáis «fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor,» (Efesios 3:16-17, RVR1960). Y «en aquel día» —el día en que recibáis el don del Espíritu Santo— «vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.» (Juan 14:20, RVR1960). «Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.» (1 Juan 3:24, RVR1960). «A fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.» (Gálatas 3:14, RVR1960). «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.» (Gálatas 3:13-14, RVR1960). Debemos tener la bendición de Abraham para recibir la promesa del Espíritu. La bendición de Abraham es justicia por la fe. Véase Romanos 4:1-13. Teniendo esto, Abraham «recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso; para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia;» (Romanos 4:11, RVR1960). Y nosotros, teniendo esto, podemos recibir

libremente la promesa del Espíritu que circuncida el corazón para santidad y el sello de la justicia de la fe que tuvimos. Teniendo la bendición de Abraham, y siendo así hijos de Dios, Dios envía el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones (Gálatas 3:26; 4:4-6). Teniendo la bendición de Abraham, para que podáis recibir la promesa del Espíritu por la fe, entonces pedid para que recibáis —sí, pedid y recibiréis. Porque la palabra de Dios ha prometido, y la fe viene por el oír la palabra de Dios. Por lo tanto, pedid con fe, sin dudar nada, «Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.» (Mateo 7:8, RVR1960).

Tal es la *fe viva* —la fe que viene del Dios vivo; la fe de la cual Cristo es el Autor; la fe que viene por la palabra de Dios; la fe que trae vida y poder de Dios a los hombres, y que obra las obras de Dios en quien la ejercita; la fe que recibe el Espíritu Santo que trae la presencia viva de Jesucristo para morar en el corazón y manifestarse aún en carne mortal. Esta y solo esta es la *fe viva*. Por esto viven los cristianos. Esto es vida misma. Esto lo es todo. Sin esto, todo es simplemente nada o peor; porque «todo lo que no proviene de fe, es pecado.» (Romanos 14:23, RVR1960).

Con una fe como esta, es decir, con fe verdadera, nunca puede surgir ninguna pregunta en cuanto a las obras; porque esta fe misma obra, y quien la tiene, necesariamente obra. Es imposible tener esta fe y no tener obras. «porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor.» (Gálatas 5:6, RVR1960). Esta fe, siendo una cosa viva, no puede existir sin obrar. Y viniendo de Dios, las únicas obras que puede obrar son las obras de Dios.

Por lo tanto, cualquier cosa que profese ser fe y que por sí misma no obre la salvación del individuo que la tiene, y que luego no obre las obras de Dios en quien la profesa, no es fe en absoluto, sino un fraude que ese individuo se está haciendo a sí mismo, que no trae gracia al corazón ni poder a la vida. Está muerta, y él sigue muerto en delitos y pecados, y todo su servicio es solo una forma sin poder, y por lo tanto es solo un formalismo muerto.

Pero, por otro lado, la fe que es de Dios, que viene por la palabra de Dios y trae a Cristo, la palabra viva, para morar en el corazón y brillar en la vida —esta es la fe verdadera que solo a través de Jesucristo vive y obra en quien la ejercita.

Cristo mismo viviendo en nosotros; Cristo en vosotros, la esperanza de gloria; Dios con nosotros; Dios manifestado en la carne ahora, hoy en nuestra carne, por la fe de Jesucristo — esta y solo esta es la *fe viva*. Porque «Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo. Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo.» (1 Juan 4:2-4, RVR1960).

Por lo tanto, «Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?» (2 Corintios 13:5, RVR1960). Jesús les dijo a ellos y a todos nosotros: «Tened fe en Dios» (Marcos 11:22, margen).

BE, 14 de enero de 1895